

DICIEMBRE 2014

ESCRITOS

LOS ÚLTIMOS ACONTECIMIENTOS

Escrito dominical, el 7 de diciembre

Hubo un tiempo en que los predicadores tenían éxito cuando amenazaban a sus oyentes con la inminencia del fin del mundo. Tampoco faltan hoy personas que le dan una gran importancia a las noticias que provienen de visiones personales, difundiendo con frecuencia una atmósfera de predicciones que no tiene por qué ser verdaderas. La conciencia de corrupción general, por ejemplo, está tan extendida que algunos profetizan grandes catástrofes; incluso afirman que ellas están anunciadas en el Apocalipsis. ¿Qué decir, hermanos? Primero de todo que, aunque no creemos a los profetas que se autodefinen como tales, ello no significa que no tomemos en serio las enseñanzas sobre los últimos acontecimientos respecto al hombre y al mundo en la revelación cristiana.

No podemos aceptar, sin embargo, que el cristianismo sea sólo un sistema de opiniones establecidas de una vez para siempre. El cristianismo es la vida que comienza en Cristo, crece y madura, tanto en los individuos como en la Iglesia entera. Y la Iglesia es la comunidad de los que con fe y con esperanza esperan el reino o el reinado de Dios que debe consumarse. Quiere esto decir que vivimos los cristianos esperando las cosas futuras. La esperanza cristiana se orienta al futuro, pero está siempre bien arraigada en un acontecimiento del pasado.

¿Nos preocupamos y nos preocupan “lo último”, las “postrimerías”? Muchos piensan que esta vieja Europa se ha olvidado de la llamada “escatología”, las “cosas finales”. Es algo muy real, pero tiene mucha sabiduría cristiana igualmente pensar que “Mi reino no es de este mundo” -en palabras de Jesús-, pero es para este mundo”. Por eso la Iglesia desarrolló siempre una amplia actividad caritativa y misionera, edificó hospitales, institutos de promoción humana y escuelas. Y está orgullosa justamente de haber realizado y realizar hoy estas actividades en la historia. Ahora bien, tampoco es coherente con la fe cristiana olvidar las palabras de Cristo cuando dice que su retorno puede sobrevenir en cualquier hora, incluso esta noche. No debemos actuar como si no esperáramos ese retorno del Señor. Su venida es un anuncio gozoso, no algo terrible, una catástrofe, un dies irae.

La teología cristiana utiliza la palabra *parusía* para indicar todo lo que sucederá al final de los tiempos, los últimos acontecimientos. Se incluye en ellos la venida de Cristo sobre la tierra, la resurrección de los muertos, el juicio divino definitivo sobre lo que sucedió en la tierra, el cielo nuevo y la tierra nueva, la visión de Dios o la condenación eterna. Esto es lo que creemos los cristianos.

El hombre que espera, sin embargo, puede comportarse de diferentes modos. En la espera de los últimos acontecimientos nos produce temor el hecho de que nos sorprenderá. Está escrito que nadie conoce ese día, ni los ángeles, ni el Hijo, sino sólo el Padre (cfr. Mt 24,36). Eso es cierto. Pero sería injusto que el cristiano mirase el fin de la historia como una catástrofe que destruye todo el trabajo humano y los esfuerzos en aras del bien, pues entonces no nos quedaría más que cruzarnos de brazos y esperar el fin. Nada es más repentino que la muerte del hombre, pero esperamos que cada uno de nosotros llegue a la muerte en las manos de la Providencia en el momento justo. Dios no actúa jamás casual e imprudentemente. Sus razones son ocultas, pero son razones.

Él ha dado pruebas de su amor al hombre: ya ha aparecido su benignidad: Cristo, su Hijo bien amado, nacido en Belén, cuya vida entregada por nosotros nos ha llegado por la gracia de la justificación en el Bautismo, la iniciación cristiana. El Padre nos espera siempre en el campo de la Iglesia, donde maduramos y crecemos en nuestra familia y en la familia que es la parroquia, nuestra comunidad. Aceptemos a Jesús en su primera venida y cuanto esto significa: no tendremos miedo de su segunda venida.

UN NIÑO SE NOS HA DADO

Escrito dominical, el 21 de diciembre

La liturgia del Adviento más cercano a la Navidad implora con Isaías profeta: «Cielos, destilad el rocío; nubes, derramad al Justo; ábrase la tierra y brote el Salvador» (45, 8). ¡Qué

esperanza brota de este oráculo cumplido en María Virgen, que amó con amor de Madre al Hijo de Dios! También nosotros podemos pedir en estos días previos al Nacimiento: «Muéstrate, dulce niño, traído al mundo por una casta madre. Cuando llegó el tiempo, pasados miles de años, bajaste a visitar este mundo largo tiempo pecador». Cristo no pudo soportar la idea de que los pueblos se perdieran; no podía aceptar que la obra de su Padre se quedara en nada. Decía el poeta Prudencio: «¿No sientes, oh Virgen noble, // a pesar de dolorosos presentimientos, // cómo este glorioso nacimiento // acrecienta el brillo de tu virginidad?» (Himno de Navidad).

Glorioso nacimiento el de Jesús del que apenas un puñado de personas conoció. El Niño fue el centro y la alegría de María y José, pero también de pastores, gente pobre, y más tarde de unos Magos, que vieron una señal luminosa en el cielo. El nacimiento, sin embargo, de un niño o una niña no siempre produce alegría, bien porque se impide ese

nacimiento, o se vive con zozobra por las circunstancias que rodean a los padres, a veces únicamente a la madre. Y estas dificultades pueden ser mayores aun cuando las capacidades del que va a nacer son consideradas como negativas, una desgracia.

Leí emocionado la carta que un padre dirigía al director de un diario de nuestra ciudad, con motivo del Día de la discapacidad (el 3 de diciembre); su niña nació con problemas en el mismo parto. La descripción de cómo era su hija y la alegría que ella les proporciona nos indica, por un lado, la dignidad de estos niños con otras capacidades, y, por otro, su deseo de que su hija y otros niños, encuentren en la sociedad el trato que merecen, con la dignidad con la que ha de ser tratada cualquier persona. Pude asistir en las Cortes de Castilla La Mancha ese día 3 a una sesión en ese parlamento; muchos conocidos con estas capacidades encontré allí, que hablaron con valentía y alegría de lo que nos piden al resto de la sociedad. Daban las gracias también por la aprobación de una ley en nuestra tierra que reconoce sus derechos como los de todos los ciudadanos. Todos hacemos votos para que esa ley pueda ser llevada a realidad. Sin duda.

Pero tampoco olvidemos lo que también sucede en nuestra sociedad. La mentalidad abortista impide el nacimiento de muchos niños con discapacidades (mejor, capacidades diferentes), pues el conocimiento de la salud del embrión o del feto lleva a interrumpir el embarazo por no deseado, es decir, al aborto. Personas en casa tan transparentes, moldeables y alegres nos hacen «vivir la vida con tanta intensidad que los problemas cotidianos tienen mejor solución», en opinión del padre de esa preciosa niña. Pero niños con síndrome de Down u otras dificultades nacen pocos; la ley del aborto de 2010, mantenida en vigor por el Gobierno actúa contra estos niños, pues la madre tiene derecho a abortar.

Aquel Niño que nació en Belén, cuando nadie lo esperaba, salvo María y José, salvaguarda a los niños con capacidades concretas, calificadas, no sé por qué, de «anormales» o discapacidades. Discapacidades, ¿para qué? Ahí chocan nuestros criterios de capacidades concretas con otros baremos más cercanos al amor, a la ternura, a ver las cosas de otro modo. Jesús da valor a nuestra frágil condición, pues «no sólo confiere dignidad eterna a la naturaleza humana, sino que por esta unión admirable ‘con todo ser humano’ nos hace a nosotros eternos» (prefacio III de Navidad). También de este modo podemos vivir el parto de la Virgen y desearnos

Feliz Navidad.

POR LA LUZ, BUSCAN LA LUZ

Escrito dominical, el 28 de diciembre

Esta bonita expresión que la liturgia de Epifanía aplica a los Magos, que buscan la luz siguiendo una luz, puede aplicarse muy bien a cualquier familia cristiana o no cristiana, pero que desea vivir el misterio de amor de los esposos y de los hijos de manera coherente. En la fiesta de la Sagrada Familia no sólo saludo a cuantas familias lean este escrito en un día hermoso dentro de las fiestas de Navidad; también quiero poner mi granito de arena para salir con fuerza de la encrucijada en la que la cultura dominante pone hoy a la familia que quiera vivir su vocación de padres, hijos y hermanos. Pido a Jesús, María y José que con su amor y su luz me ilumine para ello.

No tengo ideas originales o geniales para este cometido: simplemente voy a la gran tradición humana y cristiana acerca de la familia, su importancia y centralidad para la humanidad, y hablo con espontaneidad de lo que, me parece, es bueno para todos. Entiendo que una realidad tan básica como la familia muchos la quieran poner en crisis total, como puede ocurrir con todas las comunidades y vínculos sociales fundamentales de la sociedad en tiempo de despiste y ambigüedad.

En el caso de la familia, estamos ante el lugar o ambiente donde se aprende nada menos que a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros, a transmitir las virtudes o hábitos serios que hacen crecer a la generación siguiente y, en el caso de la familia católica, a la tarea de transmitir los padres a sus hijos la fe, con la ayuda de la parroquia y de la escuela cristiana.

Esta tarea no es fácil, pues, ¿cómo evangelizar, cómo anunciar el Evangelio de la familia donde reina una concepción pagana de lo que es el ser humano que ha transformado el sentido del amor, de la sexualidad y de la corporeidad, y, además, es profundamente abortista? En este sentido hay que decir que es más urgente anunciar la buena nueva del amor verdadero, de ese amor que es vocación, que colma el corazón humano y lo hace libre y feliz. Es la verdad del amor que aparece en la unión conyugal del hombre y la mujer. En esa unión de cuerpo y espíritu entre los esposos se ve claro que la diferencia sexual entre ambos es una realidad originaria, pues nos muestra que ambos sexos son complementarios y se dan libremente: es comunión en el amor. Esta unidad es fecunda justamente en la unión de los cónyuges y en la generación de los hijos.

«Dios se ha servido del amor esponsal –nos dicen los obispos de la Subcomisión Familia y Vida en este día– para revelar su amor. La transformación del amor humano en el amor de Dios no es algo circunstancial. Es tan permanente y exclusivo como la unión de Cristo con la Iglesia». Sí, en efecto, esa misión de los padres es insustituible. Pero ahora está puesta en discusión en nuestra sociedad de muchos modos. Por eso es tan complejo ser padre y madre entre nosotros y la natalidad no crece; disminuye alarmantemente en España.

Están bien los esfuerzos de presupuesto para ayudar a la familia económicamente, que en nuestra región propone el gobierno autonómico. Son ayudas a madres, maternidad, familias necesitadas. Pero falta algo fundamental, a mi modo de ver: apostar por la vida, oponiéndose a la ley del aborto vigente en España. Las ayudas a la maternidad sean bienvenidas, pero no solucionan la mentalidad abortista y el «tsunami» demográfico que padecemos. ¿Y quién duda que cuente mucho en esa mentalidad la ley de aborto que el presidente Zapatero presentó al Parlamento y éste aprobó en 2010?

Las ayudas y recursos económicos son importantes, sin duda. Pero no hay que olvidar que el hombre (ser humano) es siempre hombre, y solucionada la economía, no todo queda solucionado. No somos sólo el producto de condiciones económicas y no es posible curarlo desde fuera, creando condiciones económicas favorables. Ese fue el gran error de Karl Marx, olvidando que el ser humano es un ser libre y que no se cura sólo con economía. En la fiesta de la Sagrada Familia nadie de la comunidad eclesial puede desentenderse de la misión de la familia. Todos hemos recibido una vocación al amor, y estamos llamados a ser testigos de un amor nuevo, que será el fermento de una cultura renovada. Ésta pasa por la defensa del amor y de la vida como bienes básicos y comunes de la humanidad.

OTROS ESCRITOS

MENSAJE DE NAVIDAD

Radiotelevisión Diocesana, 24 de diciembre

Buenas noches:

Canal Diocesano de Televisión y Radio Santa María de Toledo me permiten entrar en sus hogares. No quiero molestarles; únicamente saludarles con un deseo muy concreto: que el Nacimiento de Jesús les traiga paz y participar de la alegría de la Iglesia al anunciar su aparición gloriosa en Belén de Judea. Esto es posible en el “hoy” de la Liturgia cristiana.

Tal vez muchos están tristes o preocupados por tantas cosas: enfermedades, soledades, falta de trabajo y oportunidades para ello; o les falta un ser querido. ¿Navidad cambia las cosas? Creo que sí, porque que nazca Jesús da fuerza y posibilidad para amar y quitar el dolor o, mejor, orientarlo

Miren la capacidad de la Madre de Cristo para reconocer el tiempo de Dios. Ella nos enseña el momento favorable en el que Jesús pasa en nuestra vida y pide una respuesta generosa. Y es que el Verbo, que encontró morada en el vientre virginal de María, viene nuevamente a llamar al corazón de cada cristiano. Cristo pide acogida en los demás, sobre todo en los más pobres y los que no tienen esperanza ni amor.

El ejemplo de María y José es para nosotros una invitación a acoger con total apertura a Jesús, que por amor se ha hecho nuestro hermano. Él viene a traer al mundo la paz del alma. Abrid las puertas a Cristo. No olviden a los pobres.

Yo pido para todos ustedes, para sus hogares, para sus comunidades la intercesión de María y san José, y así vivir una Navidad verdaderamente cristiana, libre de mundanidad, preparando nuestro corazón para acoger al Salvador, el Dios-con-nosotros. Feliz Navidad para todos.